

ALGUNAS CONSIDERACIONES EPISTEMOLÓGICAS Y POLÍTICAS SOBRE LA HISTORIA DE LA PEDAGOGÍA LATINOAMERICANA

Docente/Coordinador: Pablo Pineau.

Profesor titular de Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana (FFyL-UBA)
y de la ENS N° 2 "Mariano Acosta" (CABA)

PRESENTACIÓN

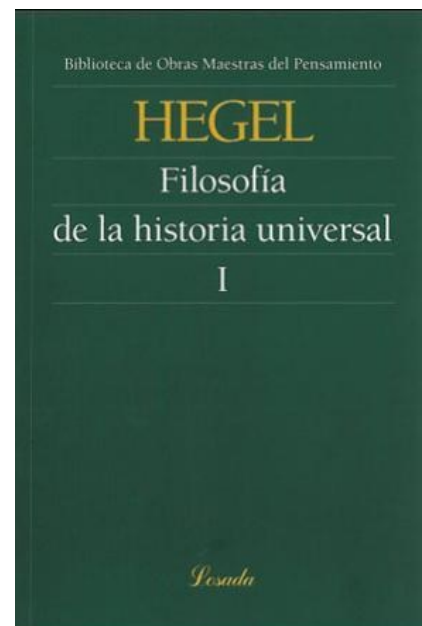
Puede ser un tanto obvio comenzar este texto recordando la necesidad de la historización de los hechos para su mejor comprensión. Pero esta obviedad no parece tal, ya que potentes discursos propusieron como forma de dominación la expulsión o subordinación de enormes colectivos humanos del relato histórico. En el caso específico de nuestro continente, esta situación marcó su derrotero y produjo efectos muy importantes en su devenir social y especialmente educativo.

Las sociedades modernas y occidentales se constituyeron mediante un doble proceso de inclusión y exclusión de sujetos: mientras establecían derechos básicos para todos los hombres, negaban esa característica a grandes grupos de poblaciones. Para estas posiciones, "hombres", en sentido estricto -esto es, individuos que podían gozar plenamente de los derechos consagrados- eran muy pocos. Los discursos imperiales, racistas y androcéntricos que se consolidaron en el siglo XIX para justificar el colonialismo y la supuesta supremacía de la raza blanca negaron en la práctica a la gran mayoría de la humanidad los derechos básicos que decían defender.

La construcción del discurso sobre la historia cumplió con estas coordenadas. Los evolucionismos y las metáforas que asimilaron el cambio social con el crecimiento biológico fortalecieron los procesos de segregación y dominación social y se proyectan hasta el presente. Por ejemplo, la arraigada idea de que la historia comenzó con la invención de la escritura privó de ella a todos aquellos que por las razones que fuera no habían tenido acceso a esa tecnología: la enorme mayoría de las mujeres y de los sectores rurales, entre otros, quedaban fuera de su relato.

Los territorios periféricos al "centro europeo" no escaparon a esta caracterización. Probablemente, la enunciación más fuerte de esta posición se debe a Friedrich Hegel. En su obra "**Filosofía de la historia universal**" (1834) el pensador alemán se propone ordenar el pasado en una "historia universal" que justifique el triunfo inevitable de la sociedad europea. Dice al respecto:

La historia universal va del Oriente hacia el Occidente. Europa es absolutamente el fin de la historia universal [...] La historia universal es la disciplina de la indómita voluntad natural dirigida hacia la universalidad y la libertad subjetiva" (...) La historia universal va del Oriente al Occidente. Europa es absolutamente el Fin de la Historia Universal. Asia es el comienzo.



Esta comprensión del espacio mundial- este y oeste, nuevo y viejo mundo- como analizador histórico ubica a América a otra categoría. América, no tocada aún por la historia, es entonces el reino de la naturaleza.

Continúa Hegel:

El mundo se divide en el Viejo Mundo y en el Nuevo Mundo. El nombre del Nuevo Mundo proviene del hecho de que América [...] no ha sido conocida hasta hace poco para los europeos. Pero no se crea que esta distinción es puramente externa. Aquí la división es esencial. Este mundo es nuevo no sólo relativamente sino absolutamente; lo es con respecto a todos sus caracteres propios, físicos y políticos [...]

El mar de las islas, que se extiende entre América del Sur y Asia, revela cierta inmadurez por lo que toca también a su origen [...] No menos presenta la Nueva Holanda caracteres de juventud geográfica, pues si partiendo de las posesiones inglesas nos adentramos en el territorio, descubrimos enormes ríos que todavía no han llegado a fabricarse un lecho.

Pero a su vez, la operación de segregación es fortalecida por la evaluación de la naturaleza americana. Para la mirada europea -entendida como patrón de evaluación objetivo- la geología y biología del “Nuevo Mundo” se presentan indómitas, salvajes, bárbaras e inconclusas. América toda -en sentido político y físico- es una muestra de su atraso evolutivo. Esta “producción de la inferioridad” fue crucial para sustentar los modelos imperiales que se desarrollaron a partir de ahí.

Para la historiografía hegeliana, Asia es el principio y Europa el fin absoluto de la historia universal como lugar de consumación de la trayectoria civilizatoria de la humanidad, con el Mediterráneo como su gran escenario. La idea bíblica de la sucesión de los imperios se transforma en el camino triunfante de la Idea Universal desde los pueblos asiáticos hacia Europa -y más específicamente Alemania- vía Grecia y Roma. Según Hegel, mientras África subsahariana no formaba -ni formaría- parte siquiera de la historia universal, América tenía la posibilidad de serlo en el futuro cuando completara su “evolución”, que sin duda sería mejor en América del Norte que en América del Sur. Mientras el eje Oriente-Occidente contiene, simultáneamente, una sucesión y una rivalidad civilizatoria, el eje Norte-Sur se constituye por la relación inmodificable entre la civilización y su contrario, llámese naturaleza, salvajismo o primitivismo.

Como ya hemos sostenido, las marcas discriminatorias y racistas de esta posición son evidentes. Por tal, los distintos movimientos de liberación del siglo XX han luchado por la escritura de relatos más inclusivos reconceptualizando a la historia como un “derecho humano” tanto individual como colectivo¹. El desafío es entonces escribir una historia en la cual América Latina no está excluida, no habilitar su inclusión en el relato sólo desde una lectura eurocéntrica, sino que sea una de sus partes constituyentes; en suma: quitar el fantasma hegeliano que la ha sujetado para permitir posiciones más acordes con la vigencia de los derechos humanos.

¹En tal sentido, es imposible no hacer referencia a la lucha llevada por diversos organismos de defensa de los Derechos Humanos en América Latina -v.g. Las Abuelas de Plaza de Mayo en Argentina- para restituir la identidad y la historia personal a los menores hijos de desaparecidos que fueron apropiados por las fuerzas represivas en las últimas dictaduras militares.

UNO DE LOS DÍAS EN QUE TODO CAMBIÓ

Pero entre la enunciación del “derecho a la historia” de América Latina y su efectiva concreción hay un largo camino, ya que las marcas heredadas -racismo, evolucionismo, eurocentrismo, inferiorización, etc.- se filtran en las nuevas concepciones de forma no querida e inesperada. Para entender este proceso, proponemos analizar las distintas hipótesis que se han presentado para analizar el que, sin duda, ha sido uno de los hechos más importantes en la historia del continente: la llegada de Cristóbal Colón en 1492.

¿Qué pasó entonces? O, más exactamente, ¿cómo puede ser entendido eso que pasó? Cómo inscribirlo en una trama mayor de sentido que otorgue el “derecho a la historia” a América Latina? Es una fecha que debe ser celebrada, lamentada u olvidada? Veamos a continuación una serie de hipótesis aún vigentes que han buscado explicar este fenómeno.

1. Descubrimiento de nuevas tierras

“Cuando Colón llegó -dice esta versión- se encontró con plantas, animales e indios”. La versión más tradicional es aquella que, volviéndose más hegelianos que el propio Hegel, ubican a la totalidad americana absolutamente en el terreno de la naturaleza. Las marcas de civilización que se encuentran son localizadas en la misma serie que las marcas de naturaleza. Por ende, toda forma de dominio está justificada ya que los hombres -Europa- tienen derecho a apropiarse de la naturaleza -América- para la satisfacción de sus necesidades. La historia en América se inició el día en que Colón puso su pie en el nuevo continente.

2. Descubrimiento de Culturas

Esta posición comienza reconocer la existencia de marcas humanas en América previas a la llegada europea. Y aunque mantiene su evaluación y clasificación desde pautas eurocéntricas, admira de alguna forma los legados y producciones de las culturas originarias -en especial las de aquellas consideradas “grandes civilizaciones” como la azteca, maya e inca-.

Más allá de esta matriz eurocéntrica, es notorio como de esta manera se avanza en el otorgamiento del “derecho a la historia a América” respecto a la versión anterior. Los “indios” no son ubicados en la misma categoría que “las plantas y los animales”. Pero también se encuentran en estas versiones fuertes elementos despectivos al negar la lógica del devenir temporal para explicarlas. En esta versión la presentación de estas culturas se proyecta hacia el pasado como estampas inamovibles de su situación en el momento de la llegada de los conquistadores. Los pueblos originarios “siempre” fueron iguales o como estaban en el siglo XV: no atravesaron conflictos, no superaron crisis, no cambiaron a lo largo del tiempo. Son constituidos por miradas de inmutabilidad que los congelan y los asemejan más a fenómenos naturales estables que a sociedades dinámicas. Esto es, la historia no comenzó el día que Colón arribó, sino el día anterior.

3. Encubrimiento de culturas

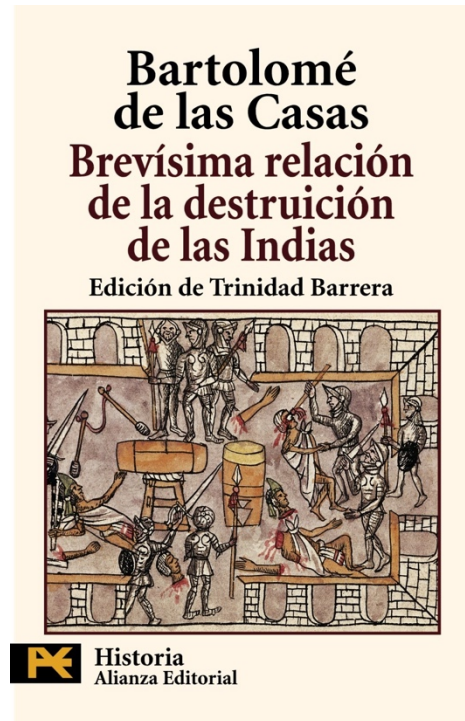
Podemos encontrar una tercer posición que busca explicar la visión de los descendientes de los “descubiertos” en la versión anterior. Esta posición pone en duda la idea de “descubrimiento” para denunciar la larga serie de horrores que tamizaron la conquista del continente: matanzas, torturas, violaciones, destrucciones, saqueos, robos, incendios, etc. Sin duda, su origen son los terribles relatos de muchos de los que participaron en esos hechos -en forma activa o crítica-², en las que se basa la llamada “leyenda negra” de la conquista³.

Como en el caso anterior, esta versión reconoce la existencia de culturas previas a la llegada del conquistador, pero -frente a cierto tono laudatorio inscripto en la idea de “descubrimiento”-, denuncia los horrores en los cuales se basó la conquista que condujeron al encubrimiento de esas culturas.

Así lo recuerda un canto mexicano de 1528:

Anónimo de Tlatelolco

En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua
[de salitre.



4. Encuentro de culturas

Sin duda, hemos recorrido ya un largo camino para otorgarle a América el derecho a la historia. Hemos ido sumando a las culturas, a los conflictos, a los sujetos, a los horrores. La festividad y la celebración han sido sustituidas por la lamentación y la denuncia. Pero aún resta mucho; el fantasma de la historiografía hegeliana sigue presente.

² La más famosa de las cuales es la “Brevísima relación de la destrucción de las Indias”, escrita por el obispo don fray Bartolomé de Las Casas en 1552

³ Véase al respecto, especialmente, Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista, introd., selección y notas: Miguel León portilla, México, UNAM, 1969 –de dónde extrajimos el texto que reproducimos- y La Conquista de América. El problema del Otro” de Tzvetan Todorov (México, siglo XXI, 1987) para el caso mexicano. Para el caso inca, véase Nathan Wachtel; Los Vencidos: los Indios del Perú Frente a la Conquista Español (1530-1570). Alianza Editorial, Madrid (1976).

Como ya hemos dicho, las últimas dos versiones presentadas difieren antagónicamente en su valoración del hecho. Pero comparten una misma matriz interpretativa de raíz hegeliana: ambas presentan a una Europa activa que le realiza algo –un descubrimiento o un encubrimiento- a una América pasiva. Como creía Hegel, *Universal history keep song o ingfrom East to West*.

Estas versiones identifican un sujeto y un objeto claramente diferenciados; el primero no sufre modificaciones esenciales, mientras el otro troca para siempre. Europa sigue siendo lo que siempre fue –el lugar donde habita el “espíritu de la historia”-, mientras que América cambia profundamente.

Avanzar en otorgar el “derecho a la historia” a América implica pensarla también como un sujeto capaz de producir cambios profundos en Europa; ver a ambas partes en registros pasivos y activos. Sin duda, la historia Americana se vio trastocada enormemente el 1492; pero también lo fue la europea. América no volvió a ser la misma luego del encuentro, pero tampoco Europa salió indemne de él. Los ejemplos que pueden darse de esta situación son muchos –desde la acumulación primitiva de capitales hasta el estímulo al conocimiento científico-, pero vamos a referirnos sólo a los cambios en la alimentación: gracias a América, la cotidianeidad de los europeos se-modificó con la llegada de la papa, el tomate y el maíz –sólo para nombrar algunos productos- que permitieron, entre otras cosas, el poblamiento de zonas hasta entonces yermas.

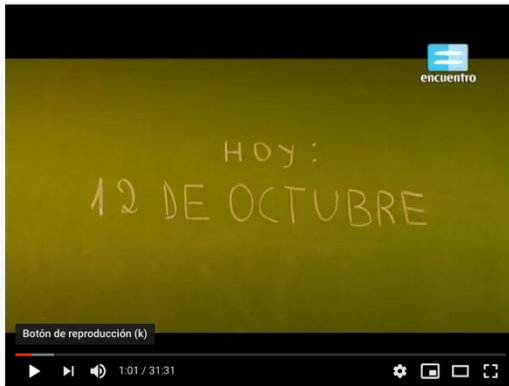
Entonces, comprender a “eso que pasó en 1492” como un encuentro de culturas nos permite avanzar aún un poco más en dotar a América su derecho a la historia al pensar a ambas partes ocupando posiciones pasivas y activas; ninguna mantuvo una “esencia previa” que las constituía antes de haberse conocido. Nada volvió a ser como antes en ninguna de las dos costas del Océano.

5. Choque de Culturas

La hipótesis del encuentro nos ha permitido revisar los lugares fijos y estancos de las versiones previas, para plantear que el rumbo que toma “la historia universal” no está preestablecido sino que es múltiple y variado. Pero también termina en cierta forma siendo más solidaria a las posiciones del “descubrimiento” que del “encubrimiento” al ocultar tras un término eufemístico los horrores que acompañaron la conquista. El encuentro puede convocar la idea de un vínculo de paridad y respeto entre las partes intervinientes que las crónicas no permiten sostener.

Por eso, proponemos cerrar este recorrido en búsqueda del “derecho a la historia” por parte de América pensando a 1492 como el comienzo de un terrible “choque de culturas”. La imagen del choque nos permite sumarle al encuentro la violencia que lo constituyó, los dolores producidos, los impactos y las marcas. Si bien, como decíamos en el punto anterior, ninguna de las partes mantuvo su “esencia”, los impactos no fueron equivalentes. Ese choque de dimensiones colosales aún no ha terminado: el presente del continente no puede ser interpretado sin tenerlo en cuenta. Aún quedan heridas que cerrar, aún hay venas abiertas. Tal vez la historia de América Latina sea la historia de las consecuencias de aquel colosal choque iniciado hace ya 500 años y que aún no termina de acabar.

DOCUMENTAL COMPLEMENTARIO DE LA CLASE



<https://www.youtube.com/watch?v=AynvH-KRYQM>